

LA COMUNIÓN Y EL PAYASO

El sacerdote eleva sus manos al cielo, con la hostia sagrada entre sus dedos, cuando entra en la iglesia un payaso mendigo. Su cara pintada con dos rombos negros sobre un fondo blanco. El payaso comienza a andar por el pasillo central y, con su contenida sonrisa histriónica de espectáculo, pide limosna extendiendo su sombrero. Los feligreses quedan atónitos, sorprendidos ante el inusual espectáculo. El reverendo abandona sus ojos de la hostia y clava su mirada sobre el payaso. ¡Pobre infeliz!, ¿Cómo se te ocurre pedir limosna en plena elevación del Cuerpo de Cristo? ¿Cómo te atreves a hacer semejante sacrilegio? El payaso, con su tímida sonrisa, sigue pidiendo ajeno al reproche. El sacerdote seca nerviosamente con un pañuelo las gotas de sudor que caen por su frente. El payaso sigue su pausado caminar pidiendo con su gesto, que invita a la condescendencia. Sale el hacedor de risas por la puerta del templo y continúa la elevación. “Pobre infeliz, también es hijo de Dios”, dice, después de la elevación, el reverendo a sus feligreses, disculpándose de su severo juicio. El payaso sale del templo y un sol cegador abrasa sus ojos. Lágrimas resbalan por su rostro. El hacedor de risas llora su soledad, castigo de la incomprensión del mundo. El bufón del gran teatro del mundo se despide del templo y de sus autoridades con una amargura salada de la que nace el desierto de su destierro.